

Espacio común y derecho a infraestructuras

Por Antonio Lafuente

Reducir el cuerpo a su anatomía es una simplificación inaceptable. Nadie vive un cuerpo anatómico salvo que porte un mal crítico, es decir una enfermedad que demande una intervención quirúrgica, un medicamento específico o cualquier terapia de choque. Todos somos un cuerpo relacional. Todos habitamos un espacio de intercorporeidad hecho de miradas, rituales, gestos, recuerdos, prácticas e intercambios que, en su conjunto, conforman una coreografía de la que sólo somos una parte y en la que compartimos el espacio. Ese cuerpo relacional tiene el alcance de la mirada, el tacto, el olfato o el oído. Es un cuerpo fluido, incontrolable, vibrante, cercano, cómplice. Es invisible y parece escasear. Es ilimitado, pero no escalable.

El cuerpo relacional también debería tener sus derechos y por eso cada día hablamos más de la degradación de nuestras plazas y barrios, y de la arrogancia con la que todo debe inclinarse ante la cultura del consumo y el consumo de cultura o ante la vigilancia del riesgo y el riesgo de la vigilancia. Pero lo cierto es que el cuerpo relacional tiende a desvanecerse en espacios demasiado ordenados, eficientes y seguros.

No obstante, cuando decaen las infraestructuras se hace omnipresente. Las catástrofes siempre fueron el laboratorio de las soluciones colectivas, altruistas y *DIY*. Y así, la mayor amenaza contra el cuerpo relacional no es la ruina, el dolor o la desgracia, sino la privatización que impone exclusiones y la regulación que suprime heterogeneidades. El cuerpo relacional es la infraestructura por antonomasia en las ciudades sin urbanismo, ya sea porque nunca fueron propiamente modernizadas, ya sea porque sucumbieron por una catástrofe. El cuerpo relacional es responsable de la aparición del espacio común. Más aún, el cuerpo relacional es el espacio común.

Pensar el espacio público como algo de naturaleza arquitectónica, dialógica o cultural, como es canónico y al margen de las infraestructuras que lo sostienen, implica dos formas distintas de violencia simbólica: una asociada al escamoteo de los cuerpos como productores del espacio y, la otra, por disimular el hecho de que nunca será hospitalario ni eficiente un espacio cuyas infraestructuras sean opacas y un asunto de expertos.

Manuel Delgado (2007), *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama

Matthew Gandy (2005), "Cyborg Urbanization: Complexity and Monstrosity in the Contemporary City", *International Journal of Urban and regional Research* 29 (1): 26-49

AbdouMaliq Simone (2004), "People as Infrastructure: Intersecting Fragments in Johannesburg", *Public Culture* 16(3): 407-429

Gaill Weiss (1999), *Body images. Embdiment as intercorporeality*, London: Routledge.